

mecía la azulada nariz, los labios amoratados. Un hilo de sangre manaba de su manos destrozadas por gruesos clavos; y ellos más y más desgarraban las heridas á cada nueva convulsión del cuerpo agonizante... Vilo todo en un momento, y noté á la vez que la imágen me dirigía una mirada prolongada, llena de desolación y lágrimas... la propia mirada del mendigo, del hermano á quien rechazé.

Esta alucinación, que juzgué providencial, acrecentó mi pena. No hallaba reposo en parte alguna... Salí de mi casa, y fui en derechura á la calle donde el pobre me detuvo. Necesitaba que me perdonara. Si yo podía socorrerle y borrar con una palabra de amor el daño que le había ocasionado mi brutalidad, mi alma se libraba de una congoja acerba.

Pero búsquéle en vano... No estaba ya en aquella vía ni en las inmediatas. Pregunté por él; nadie pudo informarme. Yo fui entonces el menesteroso, y me sentí desamparado y triste.

EL PAÍS DORADO



CANTO PRIMERO

PETRÍN Escampa, Juanillo Barrufete, no hubieron menester luengo dictamen para embolsar las herencias.

Los dos camaradas tomaron un baño de oro, que despertaba en sus almas ilusiones de idéntico color.

Ven los paisajes más dilatados, más hermosos. ¡Qué de fulgores en el celaje! ¡Más dulcemente las aves cantan!

El bosque murmura promesas de flores; el viento que lo inclina, blando es como el Amor.

La tosea rana dice más alegre cantar; todo el mundo resplandece, es el aire torrente de luz.

—Oh Petrin Escampa—dijo Barrufete—uno se ahueca de satisfacción.

Algo divino hay en mi fantasía; voy soñando, soñando... Ni acertara á decir que fué de la vereda.

—Yo sueño asimismo—contesta el otro mozo.—Me extasia de placer una visión.

Ante mis ojos, como hada hechicera, flotando va en los aires relucientes la alegría loca.

Sabrosa, el pecho entreabierto, los cabellos al aire, mirame riendo con dulce mirar.

Su boca, humedecida por rojo licor, mitad gozosa, mitad imprudente, me manda un beso.

Siento ya en mis venas el ósculo de amores. ¡Al diablo los duelos! No hay sino darse á la zalagarda.

—¿Buscaremos posada, vivaracho hermano?—Suntuoso hermano, ricamente nos acogerán.

—Mesa bien provista, cama encortinada. Mejor vida llevaremos que un abad mitrado.

Rien, rien ambos, siguiendo el camino. Ignoran lo que dicen y á donde van.

Cuando más distraídos avanzan,

el sol desaparece. La sorpresa les detiene. ¿Por dónde pasan? ¿Dónde están?

A guisa de franja, de toda rama cuelgan flecos de rosas blancas y campánulas azules.

Florece todo renuevo; el aire es grávido de perfumes. Dejan los murciélagos un rastro de luz.

¡Tierra de encanto; fresca, dulce soledad, penetrada de serenidades!

Los caminos se mezclan en calles de verdor. ¿Quién sospecha á do lleven? Pronto los caminos se pierden de vista.

—¿No hay vislumbre de masía?

—No veo tal.—Es ya tarde. Fenece el incendio del día.

Los muchachos exploran el país atentamente. Azóranse de pronto.

—¿Oyes? ¡atiende!—

Allá á lo lejos, en la maraña de los plácidos vergeles, suena una dulce canción como de serafines.

Débil, vagarosa, són de ecos muriente... pero ¡cuán halagüeña! ¡cómo arrastra el querer!

Es una canción de vida, de alegre tono... Parece un llamamiento á generosa fiesta.

Así en el valle coronado de bosques, el escondido manantial invita al sediento con risas y canciones.

Habla Escampa, y dice:—¿Oyes, Barrufete? Voces son de mujer, como no sean artificio de duende.

¿No te enamoran?—Arrobado estoy.—¿Busquemos á los cantantes?—De buenisima gana.—

Mécese un lirio en mitad del sendero; mécese y murmura:—Seguid; por acá.—

Apenas lo oyeron, páranse dudosos. Conmueven á la par sus corazones la alegría, el pesar.

Han comprendido de una vez que, inconscientes, penetraron en mundos de leyenda.

Escuchan y miran. La claridad se extingue. Cierra la noche, sepultando el asombro de los dos muchachos.

No se distingue trocha ni vereda. ¡Sólo tinieblas, noche! Luego, la luna emerge sobre la selva.

Y á sus fulgores resplandece un ideal palacio que lejos, muy lejos, yergue sus torres sobre el cielo azul.

Es de cristal sin duda; la luz relampaguea en él como en un espejo;

las torres esbeltas brillan como agujas de hielo entre las neblinas humeantes del espacio.

De allí surgen los dulces cantares. Los dos mancebos lo juraran.

Veloces, se encaminan allá. ¡Qué hermoso castillo! Cada mirada descubre en él nuevos prodigios.

Cada paso lo acerca, cada paso lo aumenta una miaja. ¡Malhayan las frondas que lo ciñen y ocultan!

Marchan anhelantes, ¡oh eterno camino!... Por fin, se avecinan á la morada.

¡Qué regio, que altivo juego de cornisas! ¡oh muros limpisimos! ¡oh feliz visión!

De vidrio son las paredes soberbias, de vidrio ó marfileñas; tejados y cimborio recamados de plata.

Ancha escalinata asciende á la morada. Cerrada está la puerta. Ábrese, y retiñe

con metálico són que por largo espacio se prolonga y vibra; queda de par en par, y se divisa el mágico interior.

Y de allá salen á la escalinata, á pares, con trajes de gala, tachonados de joyas,

bellezas tempranas, cuyo talle exquisito dibújase en el vestido con sensual precisión,

calladas descienden; leves avanzan el lindo pie; blancas son, vaporosas como la bruma primaveral.

La luz de la luna bañaba sus semblantes. Bellas son todas; cada cual mejor.

Aparentando un profundo examen, hacen reverencia á uno y otro mancebo.

Esparce Barrufete locas miradas; Escampa avanza y dobla una rodilla.

—Egregias doncellas—les dice— ¡hablad! Sóis todas tan hermosas, que uno se cree juguete de un delirio.

Si no fuéreis diosas, ¿cómo definirnos?

—Somos las cien princesas del País Dorado.

Vinimos á buscaros; si os place, venid en pos de nosotras; queremos guareceros en nuestro palacio.—

Así, dijo una doncella de faz ruborosa, puesta á la cabeza de la encantadora legión.

Sonriendo, inclínanse las demás, como diciendo:—Tal es nuestro propio deseo.—

Un ruiseñor deja oír su canto. ¿Será acaso que la misma noche eleva un cántico de amor

por entre las ramas de los chopos adormilados? Mas ya damas y mancebos, en el castillo juntos penetraron.

CANTO SEGUNDO

LA luna sombría discurre
enlutada, llorando su da-
ño inconsolable.

»Vuela sola, muy sola;
no halla compañía; nada dulcifica su
pasión funesta.

»Llámaos la vida por mejor cami-
no; alcanzad las flores del árbol
de amor.»

—Cantar de luna nueva—murmura
una voz.—Buen agüero. El sig-
nifica venturosa entrada.

Dicen otras damas:—¡Bien venidos
seáis! ¡Avanzad! Os sonríen los ha-
dos, propicio es el instante.—

Sus cabezas se agrupan alrededor
de los mancebos, en un mar de velos
que flotan y ondeantes cabelleras.

Los ojos son auroras de días de

ensueño, que prometen instantes de placer nunca sabidos.

Las bocas encierran los besos nacientes. Agítanse los perfiles bajo el cendal de la ilusión.

Bajo la gasa, blanca como la flor del arce, la carne primorosa revela sus matices.

Brilla acá un brazo desnudo aljofarado de diamantes; allá, unas haladas de pliegues exquisitos

nadan tornasoladas en el derroche de luz, esparciendo el valioso crujido de la seda.

Todo es luz y perfumes, espléndida riqueza... Respirase en el aire una embriaguez.

Sienten los mancebos latir sus venas. Miran con blandos ojos... dejan que los guíen.

Jamás vieron galas de tan risueño encanto... Y atraviesan salones... y un largo pasadizo...

Y tras mucho avanzar penetran al cabo en una inmensa cámara que deslumbra sus ojos.

Grandiosa es la nave, como de catedral; la bóveda cuajada de riquezas; doquiera se derrama una belleza sin medida.

De rico cadenaje suspendidas, mil lámparas incendian los aires con su luz;

y en la columnata, y en los muros de cristal desborda una locura de vividos fulgores.

Y la alfombra, ¡qué maravilla! Los muy novatos se acongojan... ¡Ah, pisar un tesoro semejante!

Sus piernas se doblan; su pie se entorpece. Tres bellas les dicen, suplicantes:—Venid, y sentáos.—

Los asientos que les indican, tronos son dorados. Allí se instalan los mancebos, mudos, palpitantes.

En tanto las hadas se reúnen acercándose á ellos en teorías, á guisa de olas infinitas.

De los más nobles tipos que en tierra y cielos recibieron homenaje de idolatría, véense allí dechados:

Hadas, bayaderas, las peris de la Persia, las guerreras valquirias, las huris del Islam...

Y todas ostentan sublimes ropajes; y siéntanse todas con muelle pereza en bancos, triclinios, divanes, escafeles, revestidos de armiños, de pieles fabulosas.

Habla cada cual con apagado

acento, y suena en los ámbitos creciente murmullo.

Y en mitad de la hueste, magestuosa, blandiendo una copa de plata cincelada,

levántase una esbelta rubia de ojos azules muy oscuros... Cual druida celta al disponer un conjuro estremécese y grita:—¡Salta, rico manantial! Néctar de la vida, derrama tu jugo.—

Y como una trenza de oro, surge en el espacio un chorro que llena la copa con recio murmullo.

Salta, salta, salta... ¡Qué gritería, qué alboroto! Ya toda la legión acude á beber.

Y, en el espacio la alegría zumba. Así el enjambre, al rayo ardiente del mediodía, vuela en torno á un ramo.

Redobla la algazara; reclámase el baile; suena al instante una orquesta.

¡La danza! la danza! Comparecen galanes, y cada cual se precipita hacia una dama.

Escampa es el primero que empareja; unido á su bella se la llevó saltando.

Barrufete vacila, sorprendido.—¿A quién elijo? La postrera que miro, me parece más bella.—

Entre tantas damas no acierta á resolver; divinas son todas; ¡oh deliciosa perplejidad!

Mientras vuelve la cabeza, repasando sin tregua, una, impetuosa se cuelga de su brazo.

—¿Te gusto?—Me places.—¿Danzarás conmigo?—Una y cien veces, carnal serafín.

Apenas la mira, se enamora el pobrete. A medida que con ella discurre, se embebece más y más.

La estrecha dulcemente, la habla en voz baja.—¿Cómo te llamas?—Lobica—¿Y tú?—Barrufete.

Giran, y derraman la miel de su pecho; duran las sonrisas, florecen dichos de amores.

Giran nuevamente, y ya se hablan con la intimidad de los viejos amigos; cuentan mil cosas que solo significan que se aman.

A la tercera vez el sensible muchacho palidece; siente en el corazón la mordedura de serpientes de fuego;

angustia de celos, pesadumbre

mortal, ira sorda contra todo lo que vé.

No le complacen músicas y bailes; enójase, y mohino, dice al fin:—

—Oh hermosa Lobica, quiero ser tu esclavo, sé tú mi esposa; pero lejos muy lejos de este palacio.

Lejos de esta confusión, de esta zozobra, busquemos un albergue de venturosa paz,

aldea, ermita, recóndito paraje. ¿Qué ha menester el ave para unido?

Nadie fuera robador de nuestras vidas; no fuera nuestro amor jamás desanudado.

Bajo un rústico techo, más que al amparo de éste, hechizariame tu rostro piadoso y gentil.

Allí tus encantos gozaría con única privanza. Te adoraría como á los santos de la Iglesia.

¿Quieres, verdad? Huyamos. ¿A qué la risa? ¿No te plugo mi oferta? ¡Por Dios, responde!

Ella dice en el vaivén de las risas y las danzas:—Déjale al santo la escondida vida.

Embellece la boca la blanda risa. Como el pez en el agua, vivo yo en los donaires.

La soledad, de frío lecho, es mala compañera del goce. Quiero asueto, pompa, bullicio de gentes.

Ríe, canta, enloquéete. ¡Viva la bulla! Amor que entristezca, no me sabe á amor.—

Calla Barrufete, no acertando á responderla; quisiera soltar la risa, pero suspira.

En tanto baila Escampa con ocho ó nueve parejas; confunde las danzas, y las destruye alborotadamente.

El quiere danzas exóticas, sin orden, extravagantes; saltos inverosímiles; terremoto y escándalo.

Cautiva parejas, las suelta. Hace reinar la barahunda. Erigiendo cátedra, al fin danza solo.

Y se deshace en risas, ardiente gritería, muecas, piruetas, saltos atrevidos,

vueltas increíbles, dislocaciones, dispersando los miembros elásticos en el aire.

Y la gozosa banda le sigue, le imita; el techo cruje, el muro se estremece.

Serpentean los brazos como descuajados; y flotan revueltas cintas, faldas, cabelleras.

Al volar, el leve encaje semeja el hervor de espumas en una rompiente de mar.

Zumbando, se extienden los vestidos como llamas; los rostros se inflaman, jadean los pechos,

todo crepita en confusión, todo baila vertiginosamente, salta, vuela, pasa, gira, resurge, viene y va.

Ya el fulgor del nuevo día doraba los cielos, y aun la zalagarda arremetía con denuedo.

Y en pos de la racha insensata del baile, vino una orgía, enorme júbilo de glotonas.

Y hasta el mediodía, el sueño no rindió á su pujanza inflexible á los meradores de la gran mansión.

CANTO TERCERO



ESÓ la tremolina. Ya están los mancebos en su dormitorio,

estancia cándida y rosada, toda mármol, marfil, luciente seda. ¡Qué fantasía! ¡Qué primor!

Un vislumbre suave tiñe la albura; difúndelo la seda reflejando la luz.

Así la aurora enciende la nieve, coloreándola con sus fulgores.

Desnuda, una ondina de mármol sostiene una concha preciosa á guisa de aguamanil.

Unos relieves, en las cuatro testas murales, simulan jardines donde los dioses duermen,

y en cada silla vese una cabeza dormida que parece respirar el sosiego de la noche;

las imágenes, grabadas con sutil ingenio, adormilan á quien las contempla.

Bello y holgado es el lecho, las almohadas de eider, blandísimo el ropaje, misterioso el dosel...

Cerrada la puerta, todo está en silencio; satura la estancia un regalado aroma.

Una lamparilla que arde en candileja de oro, cuelga del techo, difunde suave claridad.

Ellos se quitan los vestidos, entran en la cama. Apenas se recojen en ella, ábrense los corazones:

—Pues, señor—dice Escampa.—Yo estoy loco de contento. Aquí uno vive á pedir de boca.

Juegos y cabalgatas, bulla y galanteos, músicas y danzas, paseos y banquetes,

fiesta perdurable, asueto sin fin; tal será acá nuestra gentil conducta.

¿No te gusta el plan, caro Barrufete? ¿Tu sed insaciable pediría más?

¿De qué te quejas, que así entornas los ojos abatidos? ¿Qué quieres? ¿Qué te falta? ¿Por qué tu rudeza?

—¿Qué me falta?—dice el otro,

cabizbajo.—No hallo la paz en medio del tumulto.

Amo á Lobita... ya tu la conoces... ella es dorada, exquisita, ojos de zafiro.

Ámola, y para inflamar su corazón y sus sentidos, la dije todas las palabras del lenguaje tierno,

se las dije con sincera pasión profunda, con toda el alma, entre todas mis lágrimas.

Ella me escuchaba, aunque frívolamente; danzando y riendo dijo que me amaba con locura,

sus ojos se perdían en lejana algarazara, y sus pies, sin tregua seguían saltando.

Un ritmo, una nota, robábanle el corazón con más fortuna que toda mi fiebre de amor.

¡Ah con cuantas veras odio ya el baile y la barahunda! ¡Ah cuanto deseo la lejana paz!

Yo maldigo el aire de este mundo insano; acá adivino la presencia del Impuro.

¿Quiénes serían aquellos hombres de rostro indeciso que surgen de improviso á reanimar los goces?

Su cara amarilla infúndeme pa-

vor, creí ver unas vagas cercetas en sus frentes de cabrito.

Su gozo sarcástico, sus labios ajutados, el irónico mirar de sus ojuelos, su aspecto de vileza, todo dice en ellos algo maligno y ruin.

Cuando recuerdo que ellos moran junto á mi amada, se agitan mis cabellos, erizados de horror.

El espejo de beldad que me enamora, acaso yace en lodo de torpezas.

La sola duda me abrasa. ¡Espantoso recelo! Parece que uno blasfeme de una celeste aparición,

y no obstante, gimiendo:—¡No es pura!—grita mi corazón. ¡Ah! ¡qué tormento puede compararse á mi agonía!

Tu eres libre, Escampa, huye de esta tierra; tu puedes aun vivir sosegado y feliz.

¡Huye de esta cueva de infamias! Aquí se maquina nuestra perdición.

Veo y toco cuanto dije; más ¿quién sabe, quién sabe? Acaso deliro; acaso la fiebre devora mi mente.—

Así dice, y llora hilo á hilo. Escampa, húmedos los ojos, dice con harta humildad:

—¿Por qué te desesperas, caro Barrufete? Arroja de tí la angustia que te concome.

Duerme. Bailaste demasiadamente. Necesitas calma. Todo al fin pára en que caíste enfermo.

Por ello será que en vez de alegrarte por nuestra fortuna, mires cerrazones y sombras de muerte; solo imagines culpas y quebrantos; y halles malquerencias donde reside amor.

Acá se nos ama; dudarle es un crimen; liberalmente se nos regala, todos los placeres están sometidos á nuestro albedrío.

¡Oh hadas benévolas, edén de delicias, juegos regalados, benditos seáis!

¿Cómo no bullir en nido de venturas? ¿Cómo permanecer esquivo ó alicaído?

¿Quiéres que se conduzcan á guisa de monjitas esas donosas criaturas de pequeñas manos blandas, de cabcitas locas?

¡Deja que les diviertan danzas y amores! Exhale aromas el prado florido.

Si las rosas te dan su perfume,

¿qué te importa que ellas, generosas, lo derramen doquiera?

Embriágate, goza. Dilata el pecho. Confía generoso, y nada temas.

Tu dulce Lobita, ¿no te habló amorosa? ¡Qué importa que salte y ría en sus esparcimientos!

Y vaya, que se te arrima, de veras... yo lo ví, chiquillo. Te quiere, te quiere; con que Barrufete, pelillos á la mar.

Las hadas no mienten, nada al engaño las obliga, dicen lo que sienten... ¿Qué las impulsaría á la falacia?

—Oh querido Escampa—dícele su amigo—¿Crees sincera su pasión?

—Sincera y ardiente; te lo aseguro.—¿Diceslo sin engaño?—Lo jurara.

¿No viste que esas hadas de corazón blandísimo se enamoraron de nosotros?

¿No vés que ansian nuestras miradas, y nos seducen con todas sus artes?

Considera si estará hueca la primera que pudo vencerte.

Sin duda repasa cuanto la dijiste; y en tus palabras funda mil sue-

ños su corazón que ya entorna el sopor.

Sueña pues en ella. Duerme, que harto hablamos. Los párpados cansados se me cierran;

halágame el sueño, todo ante mí se borra. La lámpara se apaga; tengo miedo; dame la mano.—

Serpentea la llama azul de la lucilla; parpadea en la mecha, huye... y se consume.

Todo color se extingue; la tiniebla cunde. Los muchachos cierran los ojos; el sueño les vence.

CANTO CUARTO

DUERMEN; poco á poco des-
ciende el sol. En tanto,
se oscurece la faja de
los dorados arreboles.

Fenece melancólica la tarde; en
el cielo, la noche mira y remira
abriendo sus estrellas.

Viento de mudanzas, aligero, si-
niestro, esparce un temblor en el
Valle Dorado.

Los árboles tiemblan; á guisa de
llanto se esparcen por el suelo, mar-
chitas, hojas y flores.

Doquier aparecen desnudos rama-
jes, extendiendo en los aires las cru-
das siluetas.

Una y otra torre del bello palacio
volcaron; y se hunde la cúpula; cae,
como la ola junto á la ribera, un

alto muro con estrépito, deshaciéndose en una lluvia de ruinas y polvaredas.

Y paredes y arcos, claves y capiteles, pórticos y tejados van de tumbo en tumbo;

todo ello con profundos rumores, con larga resonancia, aunque sin despertar aquellas dos cabezas amodorradas.

La noche, azorada, mira, remira, abriendo todas sus estrellas como vivientes ojos.

Luego, una capa de negras nubes dilátase y cubre los abismos del cielo, y cual si empezara á reinar la muerte, todo, (en el silencio y las tinieblas) permanece sordo y ciego.

Cuando amanece, el valle ya es paraje de nieves, de duelos invernales, de ruina.

Ya los dos mozos tientan frioleros á su alrededor. ¿Dónde estarán las finas telas, los muelles cobertores?

Tientan... y se espantan. ¿Dónde está su lecho? ¿Dónde los muebles? ¿Qué fué de su aventura?

Yacen sobre ruinas, bajo un arco desigual, entre viejos muros, ruinas de un parque.

Y doquiera nieve ó granizo se acumulan sobre los restos informes; cubren el suelo espesamente.

—¡Qué es eso!—dice Escampa en cuanto mira.—¡Malhaya mi suerte! ¡ello ha sido un sueño!

Tú y yo nos alojamos en el Palacio Dorado. Vivíamos allí á pedir de boca. ¡Lástima de ficción!

Pero ¿dónde estamos? ¿Qué ocurre? Mi cuerpo está aterido. El frío nos hiela en este escondrijo de topos.

¿Con qué somos pobres? Pues ¿no cobramos las herencias? ¿No poseímos riquezas sin fin? ¿Qué opinas, Barrufete?

¿No nos divertimos locamente ayer? ¿No nos guarecimos en la misma cama?

¿No rozaron mis mejillas con las tuyas bajo purpúreo dosel? ¡Ay que pierdo el seso! ¡Qué en loco daré!

No doy fe á mis sentidos, no creo cuanto ví; acaso sueño pesadumbres tales.

Habla, Barrufete, por favor. ¿Enmudeciste? ¡Habla ó... te sacudo! ¿No ves mi ansiedad?

Alzase Barrufete, pálido como un

muerto.—¡Ojalá fuere engañoso nuestro dolor!

El es sobrado cierto—dice suspirando.—Más fueron ciertos asimismo los lances de ayer.

Una mano airada convirtió el hechizo de aquel mundo festivo en ruína y espanto.

¿Qué ocurrió? ¿Serían las hadas falaces, ó aquí enterradas terminaron sus días?

Lobica, mi encanto, ¿dónde estás? ¿llega mi voz á tí? Acaso mi planta agobia tu sepulcro.

¡Lobica!... ¡Lobica! Habla, salvarémoste. ¿Dó estás? ¿Qué fué de tí? ¡Habla, grita... gime!

Escampa le dice:—No aguardes respuesta. Nadie quedó ahí con vida fuera de los dos.

Pero tente; ¿oyes un recio són como choque de herraduras en áspero galope?

¿Qué será?—Enmudecen ambos, y atienden.—Prosigue el ruido, crece; al fin ensordece como el trueno.

Y brillantes, impetuosos, entran en el parque humeantes caballos al galope largo.

Los cabalgan las hadas. ¡Oh ramo

divino de abrilneas caras y labios en flor!

¡Cuán bellas, cuan bellas á los dos parecen! Gozosos, valientes, á su encuentro van.

—Lobica, mi amada—grita Barrufete—¡bendita sea quien con su leche te amamantó!

¿Buscábasme acaso? ¿Verdad que sí? No lo niegues. ¿Verdad que por mi amor registrabas estos lugares?

¡Aun aliento! Veo tu cara, flor de eterno mayo; aun me asolea el fulgor de tus ojos.

¡La vida me hechiza! Estás junto á mí; beso la rica planta de tu pie.

Y á la vez oprime la planta en su puño, besándola amoroso, hasta que ella la retrae.

Sonreía Escampa entre un dulce discurrir de lágrimas, que le rodaban boqueras abajo.

Gozoso, peinaba la crin de un corcel; lo acariciaba como á una cabeza de niño.

—¡Haceos allá—dijo Lobica con recio desdén.—Volved al redil; su tufo os delata.

No quiero que me roce vuestra laceria; idos para allá, guiñapos astro-

sos. Nunca he parado mientes en vosotros.

¿Qué es eso? No me ajes la chinela con la zafia vaharada de tu aliento.

¿Cómo te atreves á fijar en mi tu labio inculto? ¿No es eso un agravio? ¿no es eso un ultraje?

¡Ea, en marcha! ¡Yo, amiga de bellaco semejante! ¿Qué lazo me une á tí? ¿Qué mal agujero te ha traido acá?

Así dice; indómita, clava la espuela de acero en el vientre del gallardo corcel.

Herido el bruto, yérguese relinchando; airado contra la tensa brida, salta,

marcha á carrera abierta, y brilla en pos de él una polvareda confusa de nieve.

Sigúe su ejemplo la cabalgata; trotando, como plateada nube se desvanece.

¡Adiós esperanzas! ¡adiós, sonoro retitir de los cascabeles y las campanillas,

racha de alegría que se aleja, que no ha de volver! El día se obscurece; el mundo es un desierto.

Escampa, agobiado, se desahoga

haciendo puchereros; Barrufete, clava en el seno las uñas

y mira con horror su vestido. ¡Cuán vil y horadado! Casi está desnudo.

Al cabo, llorando, se alejan de allá; cuanto examinan les infunde horror.

Los árboles deshojados, do penden los cerriones, diríanse pesados mármoles que empiezan á labrarse.

Doquiera hielo, tristeza, cenicienta luz, desnudez y brumas, soledad, ruinas...

¡Oh muda comarca! En ella, con ruido seco, cual si cayera en un abismo, repercute el gemido.

Y el gemido es la nota única funesta que se escucha; ni una fuente murmura; ni una rama se mueve.

—¡Ay!—suspira Escampa—toda esperanza me abandona. No veo rama ni tallo, camino ó sendero.

Marcha Barrufete sombrío, sin palabras, opreso por la red angustiosa del dolor.

Ni siente el hálito del granizo cruel que á cada paso cruje bajo su planta,

ni los cristales de escarcha que sus

dientes engarzan. Va absorto en la fiebre de sus pensamientos.

La pena que su alma llena de amarguras, le hizo insensible á cualquier otro daño.

Como las aves que, batidas en su tosco nido, giran sin rumbo en tenebroso espacio,

giran sus ideas en las tinieblas, giran sin cesar, únicamente dando con la noche.

¡Ni un vislumbre de esperanza!
¡Siempre la cerrazón! Bogando en el piélago de la nada,

el alma se extenua, pliéganse sus alas, cae con íntima caída, y gimen en ella duelos del infierno.

CANTO QUINTO



BARRUFETE, alienta — dice Escampa — toma mi brazo, arrímate, yo puedo contigo.

Veo que vacilas como un embriagado; de tropezón en tropezón mueves la planta.

En lo alto de la montaña hallaremos quien nos cobije; veo allí una casa; y báñala el rayo postrero del sol.

La noche no amaina el frío jamás. Vamos allá arriba. Allá daremos con brava fogata que nos reanime.

Veo que una neblina surge del tejado. Ella me consuela. Ya la angustia que nos aguarda es breve.

—¿Qué importa ir allá—dice el

camarada—si ha de ser en vano? Allá nuestro calvario no concluye.

No hallarás remedio para nuestros males. La pobreza es mal parecida; nadie la quiere.

Vé allá arriba, si confías, prueba fortuna. Mi esperanza se funda en la muerte,

en la muerte que nos dá el sosiego que no se turba nunca. Mi pecho la ambiciona. ¿Puedo acaso lanzarme á nuevos planes?

Suéltame... helado perezca. Un gusano me roe el pecho; aunque lucharé no podré extirparlo.

Ya mi planta se niega á dar un paso; mi cuerpo reclama cualquiera yacija.

El blanco ventisquero me tienta, me seduce... Lentamente, mi cabeza inclinase hacia él.

Escampa le observa, y le vé pálido, tan pálido, que ya su rostro no revela indicio de sangre.

—Barrufete, destrozás mi pecho con tus palabras—le dice.—¡Ay de mí si me abandonases en la hondonada!

Domina, por Dios, tu fatiga mortal; ¡valor, sigue adelante, salva á tu amigo!

Si la noche fría nos halla en el nevado yermo, es imposible la salvación. ¡Un esfuerzo; adelante!

Y carga á su brazo al compañero, y casi le arrastra encima de los hielos.

Ya el otro desmaya la cabeza... Paciente, sin bríos, se esfuerza cuanto puede, cojeando dolorosamente.

Y cada vez su cuerpo se arrastra más pesado, su cabeza se abotarga, se entornan sus ojos tristemente.

Ya no se mueve; le llevan á remolque; sus pies rígidos frotan la nieve dejando en ella un surco.

—¡Suelta! ¿Por qué te cansas? —dice.—Siento acercarse del último suspiro los escalofríos.

¡Perdóneme el Señor!... Resignado fallezco. ¡Qué El no te abandone, oh entrañable Escampa!

Su labio exhalaba penosamente la voz; casi la ahogaba la ronquera agónica;

estremecióse su cuerpo como en un sobresalto, y sus ojos llénanse de un espanto augusto.

Al tentarle Escampa le halla yerto, frío; su boca no alienta...

—¡Barrufete!—grita al compañero.

En la noche inmóvil, ya cerrada, se pierde su grito; el eco de una cueva lo repite á lo lejos.

El muchacho grita de nuevo, pero en voz baja, pegado á su compañero... y escucha... Nada; ya ni un latido en el corazón.

Entonces, cuelga de sus hombros al difunto. Avanza fatigosamente, se dirige arriba, arriba...

arriba... y se erizan de horror sus cabellos; sécanse los ojos, agotado el llanto.

¡Arriba! y crece el peso de su helada carga. ¡Arriba! y en tanto mueve sus labios una oración, como por instinto.

Por fin, ya se allega á la casa de lo alto de la montaña; ya llama á la puerta, dando con la frente.

Y ábrese la puerta, y aparece un viejo que viste un pobre capote de buriel,

quien junta las cejas, mirando con recelo, y al mancebo pregunta:—¿De dó vienes? ¿Qué traes?—

—¡Ay!—responde Escampa—perdido vengo, casi ciego, sin aliento, me dácalambres el frío, ¡no me opongáis dificultad!

Dadme franco albergue. Queréis saber de dó vine? De un mal paraje, del País Dorado.

—¡Oh malaventurada criatura! —exclamó el viejo—ya tu infortunio sé.

Desde la montaña miro el profundo valle y su palacio de cristal, que á tantos engaña.

Su aparición dura el espacio de un día solamente. ¡Ay del que hubo hechizo en tal morada!

Danle allí un instante sombras de placer, y en tanto le disponen un daño que envilece.

¡Cuántos allá perecen! y si algunos por fortuna, comparecen acá, llevan siempre un cadáver consigo.

Deja el tuyo afuera; y entra, hijo mío; junto al hogar rezaremos á Dios.

Yo te daré el manjar que te faltare, yo confortaré tu alma doliente.

Modesta es la casa. Solo guardan su techo tres flores de ventisquero, tres frailes oscuros.

Si acompañarnosquieres, en buena hora sea; tres frailes somos, tu serás el cuarto.

Escampa, aborreciendo el mundo,
quedóse; su corazón, flor deshojada,
esparció semilla de virtud.

Y él escribió este relato que se
vende en el Convento para que en la
memoria pueda grabarse de la mo-
cedad.

GARET EN LA ENRAMADA